

Rara vez he contestado á los escritos difamatorios, á pesar de tener en las manos los medios de confundir á mis detractores; y, aunque naturalmente vengativo, he sufrido en silencio y conservado mi alma serena.» Insultado por Collier como corruptor de las costumbres, aguantó ese ataque brutal y confesó noblemente las faltas de su juventud. «Mr. Collier me ha censurado justamente en muchos puntos: no trato de disculpar ninguna de mis ideas ni de mis expresiones; cuando pueden tacharse con verdad de impías, inmorales ó licenciosas, me retracto de ellas. Si es enemigo mío, que se engría con el triunfo; si es amigo (y no le he dado ningún motivo personal para no serlo), se alegrará de mi arrepentimiento.» Tal penitencia realza; para humillarse así, hay que ser grande. Lo era por su inteligencia lo mismo que por su corazón: estaba provisto de razonamientos sólidos y de juicios personales; se elevaba por cima de los meros artificios retóricos y de los expedientes de estilo; era dueño de su verso, servidor de su idea, y poseía esa abundancia de pensamientos que distingue al verdadero genio: «se agolpan en mí tan precipitadamente que mi única dificultad es elegir.» Con esas fuerzas entró en su segunda carrera; la constitución y el genio de Inglaterra se le abrían.

VII

—Un hombre—dice La Bruyère,—francés de nacimiento y cristiano, se encuentra cohibido en el campo de la sátira; le están vedados los grandes asuntos; á veces los aborda, pero enseguida convierte su aten-

ción hacia menudencias que realza merced á la belleza de su genio y de su estilo.

No sucedía eso en Inglaterra. Los grandes asuntos estaban entregadas á las discusiones violentas: la política y la religión, como dos palenques, llamaban á la lid á todos los talentos y á todas las pasiones. El rey, popular en un principio, había vuelto á dar alas á la oposición con sus vicios y sus faltas, y tenía en contra suya todo el peso del descontento público á la vez que las maquinaciones de los partidos. Se sabía que había vendido á Francia los intereses de Inglaterra; se creía que quería entregar á los papistas las conciencias de los protestantes. Las mentiras de Oates, el asesinato del magistrado Godfrey, su cadáver paseado solemnemente por las calles de Londres, habían inflamado la imaginación y los prejuicios del pueblo; los jueces intimidados ó ciegos enviaban al cadalso á los católicos inocentes, y la muchedumbre acogía con insultos y maldiciones sus protestas de inocencia. Se había privado al hermano del rey de sus empleos, y se le quería privar de sus derechos al trono. En los púlpitos, en los teatros, en la prensa, en los *hustings*, resonaban los ecos de las discusiones y las injurias. Acababan de nacer los nombres de whigs y de tories, y agitábase los más altos debates de filosofía política, alimentados por el sentimiento de intereses presentes y prácticos y agriados por el rencor de antiguas pasiones heridas. A ellos se lanzó Dryden, y su poema de *Absalón y Achitophel* fué un folleto político.

—Yo manejo mejor el estilo severo que el estilo suave—decía en su prefacio;—y efectivamente; en tal guerra se necesitaban armas. Apenas si una alegoría bíblica, conforme al gusto del tiempo, disimula los nombres sin ocultar á los hombres. Expone la tran-

quila vejez y el derecho indiscutible del rey David (1), la gracia, la flexibilidad y popularidad de su hijo natural Absalón (2), el genio y la perfidia de Achitophel (3), que levanta al hijo contra el padre, reúne las ambiciones heridas y reanima las vencidas facciones. Fantasía amena, apenas la hay aquí; no hay vagar para amenidades en semejantes batallas: piénsese en ese pueblo indignado que escucha, en esos hombres presos ó desterrados que esperan; lo que aquí está en juego es la fortuna, la libertad, la vida. Se trata de herir firme y certeramente; no se trata de herir con gracia. Es menester que el público reconozca los personajes, que pregone sus nombres al ver sus retratos, que aplauda los insultos con que se los abruma, que los escarnezca, que los precipite de las alturas que quieren escalar. Dryden los pasa revista á todos.

«En primer término figura Zimri (4), hombre tan múltiple que no parece uno sólo, sino el compendio de todo el género humano. Rígido en sus opiniones é inclinado siempre á lo peor, era cuanto había que ser por impresión del momento, sin persistir jamás en nada. En el curso de una lunación era químico, músico, hombre de Estado y bufón, después se le veía entregado á las mujeres, á la pintura, á los versos, á la bebida y mil caprichos que morían al nacer. ¡Afortunado loco á quien nunca faltaba á cada hora algo nuevo que desear ó disfrutar! Se pasaba la vida injuriando ó glorificando, las dos cosas (en prueba de los quilates de su juicio) hasta el último extremo, y con tal violencia que cada hombre era para él un Dios ó

- (1) Carlos II.
 (2) El duque de Monmouth.
 (3) El conde de Shaftesbury.
 (4) El Duque de Buckingham.

un demonio. Disipar la riqueza era don peculiar suyo. Todo lo recompensaba, menos el mérito. Saqueado por parásitos, á quienes siempre descubría demasiado tarde, él se quedaba con sus sátiras, mientras ellos se quedaban con su hacienda. Expulsado de la corte por sus burlas, se consoló formando partidos sin poder ser jefe...

«Shimei (1), cuya juventud había sido fecunda en promesas de celo por su Dios y de odio hacia su rey, que se abstenía juiciosamente de los pecados costosos, y jamás infringía el sábado, á no ser por una ganancia, á quién jamás se oyó proferir una maldición ni un juramento, á no ser contra el gobierno...»

Shaftesbury arrostraba á pié firme esas maldiciones. Acusado de alta traición, era absuelto por el gran jurado, á pesar de todos los esfuerzos de la corte, con aplauso de una muchedumbre inmensa, y sus partidarios mandaban acuñar una medalla con su efigie y en cuyo reverso se veía el sol real oscurecido por una nube. Dryden contestó en su poema *La medalla*, respondiendo á la provocación abierta con la desenfadada diatriba.

«¡Oh! ¡si el punzón que ha copiado todas sus gracias y labrado tales surcos para esa cara de eunuco, hubiese podido trazar su voluntad siempre mudable! Ese trabajo infinito hubiera sido la desesperación del grabador: marcial heroe primero, lanzado á la guerra por una inquietud prematura, como un pigmeo á quien el viento arrastra; general imberbe, rebelde antes de ser hombre: ¡tan temprano empezó su odio contra su príncipe! Luego, insinuándose como un gusano en el oído del usurpador, traficando con su inteligencia ve-

- (2) Slingsby Bethel.

nal por montones de oro, se amoldó á las artes de los santurrones, gimió, suspiró y rezó, mientras la santurronería fué un lucro, como la gaita más sonora del cortejo plañidero! (1)».

La misma amargura envenenaba la controversia religiosa. Las disputas dogmáticas, relegadas un instante á segundo término por las costumbres disipadas y escépticas, habían vuelto á estallar, inflamadas por el catolicismo santurrón del príncipe y por los temores justificados de la nación. El poeta que, en la *Religión de un laico*, era aún anglicano tibio, arrastrado poco á poco por sus inclinaciones absolutistas, se había convertido á la religión católica, y en su poema *La cierva y la pantera* combatió por su nueva fe. «La nación (dice al empezar), se halla en una fermentación demasiado grande para que yo pueda esperar una guerra leal, ni aun siquiera cuartel, de los lectores del partido contrario.» Y tras esto, siguiendo las alegorías de la Edad Media, representa todas las sectas heréticas como fieras encarnizadas contra una cierva blanca de origen celeste; no economiza las comparaciones brutales, ni los sarcasmos groseros, ni las injurias abiertas. La discusión es rigurosa y teológica. Sus oyentes no son ingenios ocupados en ver cómo se puede adornar una materia árida, no son teólogos de ocasión y por un instante, con desconfianza y reserva, como Boileau en su *amor de Dios*. Son oprimidos, apenas aliviados hace un momento de una persecución secular, hombres ligados á su fe por sus sufrimientos, y que respiran á medias entre las amenazas visibles y los sordos rencores de sus enemigos contenidos. Su poeta tiene que ser dialéctico como un doctor de es-

(1) *La Medalla*.

cuela; necesita de todo el rigor de la lógica y á la lógica se aferra como un recién convertido, penetrado de las razones que le han apartado de la fe nacional y que le sostienen contra el disfavor público: es fecundo en distinciones, señala con el dedo el flaco de los argumentos, divide las respuestas, llama al adversario á la cuestión, procede, en fin, de una manera tan ingrata para un lector moderno como loable y apreciada en su época. Hay en todos esos espíritus ingleses un fondo de seriedad y de vehemencia; el odio adquiere en ellos un tinte trágico y se agita con fulgores sombríos como el oleaje de un mar del Norte. En medio de sus combates públicos, Dryden se revolvió contra un enemigo particular, Shadwell, y le abrumó con un desdén imperecedero (1). Pinta al irlandés Fleknoe, antiguo rey de la simpleza, deliberando para encontrar un sucesor digno de él, y eligiendo á Shadwell, heredero de su garrulería, propagador de la memada, glorioso vencedor del sentido común. De todas partes afluyen las naciones para contemplar al joven héroe, de pie al lado del paterno solio, con la frente ceñida de densas nieblas, y la sonrisa de la imbecilidad satisfecha, estampada en su rostro. Su padre le bendice: «Reina, hijo mío, desde Irlanda hasta las remotas Barbadas (2). Progresa diariamente en ignorancia y atrevimiento; otros te enseñarán á trabajar con éxito; aprende de mí la labor infecunda y la producción abortiva. Tu musa trágica, da risa; tu musa cómica, da sueño. Cargues tu pluma de la hiel que quieras, tus sátiras inofensivas no pueden morder nunca. Deja el teatro, y elige para reinar una tranquila

(1) *Mac-Fleknoe*.

(2) Islas adonde se transportaba á los condenados.

provincia del país de los acrósticos.» Así se desarrolla la insultante burla, no estudiada y fina como el *Facistol* de Boileau, sino pomposa y sin rebozo, impulsada por un soplo brutal y poético, bien así como se ve á un gran navío meterse á toda vela en el cieno del Támesis.

VIII

En esos tres poemas es donde apareció por primera vez el gran arte de escribir, signo y fuente de la literatura clásica. Un nuevo espíritu nació y renovaba el arte, como todo, á partir de allí, y durante un siglo, las ideas se engendran y ordenan con arreglo á una ley distinta de la que hasta entonces las ha formado. En los tiempos de Spencer y de Shakespeare, las palabras vivas como gritos ó como una música hacían ver la inspiración interior que las dictaba. Una especie de visión poseía al artista; los paisajes y los sucesos se desarrollaban en su mente como en la naturaleza; concentraba en un relámpago todas las particularidades y todas las fuerzas que componen un ser, y esa imagen obraba y se desarrollaba en su interior como el objeto exterior; imitaba á sus personajes, oía sus palabras; le era más fácil repetir esas palabras palpitantes que exponer ó explicar sus significaciones; no juzgaba, veía; era involuntariamente actor y mimico; el drama era su obra natural, porque en él hablan los personajes y no habla el autor. He aquí ahora que esa concepción compleja é imitativa palidece y se descompone; el espíritu no ve ya las cosas de una pieza, sino en pormenor; gira en torno de ellas paso á paso, diri-

giendo su luz sucesivamente á todas sus partes. La llama que las revelaba con una sola iluminación se ha extinguido; el hombre observa cualidades, anota puntos de vista, clasifica grupos de acciones, juzga y razona. Las voces, hace poco, animadas y como henchidas de savia, se marchitan y secan; se vuelven abstractas; dejan de suscitar en él figuras y paisajes; no remueven más que restos de pasiones debilitadas; apenas proyectan algunos desmayados resplandores sobre el lienzo uniforme de su pálida concepción; se hacen exactas, casi científicas, rayanas en cifras, y, como las cifras, se disponen en series, agrupándose según sus analogías; de modo que las primeras, más simples, conduzcan á las segundas, más complejas, y con tal continuidad que la inteligencia que entra en un camino le encuentre llano y no se vea nunca obligada á abandonarle. Desde entonces se abre un nuevo horizonte; el hombre tiene que repensar el mundo entero; el cambio de su pensamiento ha alterado todos los puntos de vista, y todos los objetos van á tomar una nueva forma en su inteligencia transformada. Se trata de explicar y de probar; en eso estriba todo el estilo clásico; en eso estriba todo el estilo de Dryden.

Dryden, desarrolla, precisa, concluye; primero anuncia su pensamiento, después le resume, para que el lector le reciba preparado, y, una vez recibido, le retenga. Le fija en términos exactos y justificados por el diccionario y en construcciones sencillas justificadas por la gramática, para que el lector tenga á cada paso un método de comprobación y una fuente de claridad. Opone ideas á ideas y frases á frases, para que el lector, guiado por el contraste, no pueda desviarse del camino trazado. Se adivina cuál puede ser la belleza de semejante obra. Esa poesía no es sino una

prosa más enérgica. La mayor condensación de las ideas, el mayor relieve de las oposiciones, el mayor atrevimiento de las imágenes no hacen más que añadir autoridad al razonamiento. La medida y la rima transforman los juicios en sentencias. El pensamiento, puesto en tensión por el ritmo, llega á la nobleza por la reflexión. Los juicios se engastan en imágenes abreviativas ó en líneas simétricas, que les dan la solidez y la popularidad de un dogma. Las verdades generales alcanzan la forma definitiva que las transmite al porvenir y las propaga al género humano. Tal es el mérito de esos poemas: agradan por sus buenas expresiones. Sobre un tejido lleno y sólido se destacan hilos hábilmente anudados ó brillantes. Aquí Dryden ha concentrado en un verso un largo razonamiento; allí una metáfora afortunada ha abierto bajo la idea principal una nueva perspectiva; más lejos dos palabras semejantes, puestas en contacto, han dado relieve á un argumento imprevisto y victorioso; en otra parte una comparación oculta ha proyectado un tinte de gloria ó de vergüenza sobre el personaje que no se la esperaba. Son las habilidades y los triunfos del estilo calculado, que conquista la atención del espíritu, y le deja persuadido ó convencido.

IX

A decir verdad, apenas hay aquí otro mérito literario. Si Dryden es un político ducho, un polemista instruido, bien pertrechado de argumentos, familiarizado con todos los ardides de la discusión, versado en la historia de los hombres y de los partidos, esa habili-

dad práctica é inglesa le confina en la baja región de los combates diarios y personales, manteniéndole á gran distancia de la alta filosofía y de la libertad especulativa, que imprimen en el estilo clásico de los contemporáneos franceses la duración y la grandeza. En el fondo, todos los debates ingleses de ese siglo son estrechos. Excepto el terrible Hobbes, los escritores carecen de verdadera originalidad. Dryden, como los restantes, no traspasa el círculo de los razonamientos y de los insultos de secta y de facción. La pequeñez de las ideas se hallan entonces en proporción con la fuerza de los odios; ninguna doctrina general descuelga sobre el tumulto de la batalla abriendo poéticas perspectivas. Textos, tradiciones, una triste escolta de argumentos rígidos; he ahí las armas. En preocupaciones y pasiones, allá se van los dos partidos. Por eso falta materia al arte de escribir. Dryden no tiene filosofía personal que desenvolver; no hace más que versificar temas dados por otros. En medio de esa esterilidad, el arte no tarda en circunscribirse á vestir ajenos pensamientos, y el escritor se hace anticuario ó traductor. Efectivamente: la mayor parte de los versos de Dryden son imitaciones, refundiciones ó copias. Tradujo á Persio, Virgilio, una parte de Horacio, de Teócrito, de Juvenal, de Lucrecio y de Homero, y puso en inglés moderno varios cuentos de Boccaccio y de Chaucer. Esas traducciones parecían entonces obras tan grandes como composiciones originales. Cuando emprendió la de la *Eneida*, el país, dice Johnson, «pareció creer interesado su honor en el éxito». Addison le proporcionó los argumentos de cada libro y un ensayo sobre las *Geórgicas*; otros le dieron ediciones y notas; grandes señores le ofrecieron hospitalidad en competencia; abundaron las suscripcio-